

DISCURSO DE CONTESTACION DEL ACADÉMICO  
PROF. RAMÓN TOVAR LÓPEZ

Señor Director,  
Señores Académicos,  
Señoras y Señores:

Hoy recibimos como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, al Doctor Manuel Alfredo Rodríguez; sucederá en el sillón "R" al siempre recordado Dr. Manuel Pérez Vila. Le acompaña una acreditada labor intelectual. Figura consagrada de la cultura contemporánea de Venezuela. Detenerse en la historia personal del Profesor Manuel Alfredo Rodríguez, es asistir a la evidencia de un trabajador del intelecto a tiempo completo. Su gestión en el escenario nacional es con suficiencia conocida. Su producción bibliográfica, tanto individual como colectiva, cubre un espectro muy rico; alternan en ella las materias tanto histórica como literaria. Suma a la misma por un lado su acción como dirigente cultural y por el otro su sostenida actividad como docente universitario. Tarea que prolonga, con personal dedicación en su consecuente labor de periodista de opinión. Con nosotros estará un intelectual ciento por ciento: creador y divulgador de las obras del espíritu y la cultura.

Manuel Alfredo Rodríguez entra a la Academia Nacional de la Historia consubstanciado con la conciencia colectiva del pardo libre. Cubrirá la vacante del inolvidable Manuel Pérez Vila, de fructífera como dilatada obra en la historiografía venezolana; que enriqueciera con su trabajo bien como investigador o como docente universitario. Fue él quien lo alentara y pudo así confirmar en sus indagaciones "el predominio numérico de la casta o gremio de los pardos en la actividad artesanal".

Hemos oído su brillante disertación que robustece y consolida la proposición bolivariana sobre nuestra génesis en Angostura. "Nuestro pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte /... / más bien es un compuesto de África y de América /... / imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado; el Europeo se ha mezclado con el Americano y con el Africano y éste se ha mezclado con el Indio y con el Europeo. Nacidos todos del seno de una misma Madre, nuestros Padres diferentes en origen y sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia".

Sólo sobre tal base habría que crear, construir, la institucionalidad de la Venezuela Independiente.

Esa base, motor de la dinámica y trayectoria nacionales, se reproducirá con la Guerra Federal. Bolívar al sistematizar nuestra filosofía social, nos identifica y advierte: "Un Gobierno Republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la Soberanía del Pueblo: la división de los Poderes, la Libertad civil, la proscripción de la Esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas, y las costumbres públicas".

Idéntico espíritu alumbró la tesis de don Manuel Alfredo Rodríguez. La extrae de nuestra realidad sociohistórica del siglo XVIII, pértico del XIX, el siglo del desenlace. Reconstruye el camino de este ser colectivo: el pardo libre; sólo nuestra historia pudo ser su fragua; historia que se sintetiza en Patria. "A mediados del siglo XVI —apunta— ya se mencionaba a los 'mancebos de la tierra' ". Son los pardos libres, los que mejor simbolizan el proceso. Son la mayoría integrada por el crisol de nuestro extenso tiempo Pre-Independentista.

La dinámica de un sistema cerrado de castas, condujo por retroacción a la concientización de los respectivos grupos. La de los pardos libres es la que más se aviene con la dirección bolivariana: necesidad de "la igualdad para refundir (...) la especie de los hombres en un todo". Proposición entonces "política", hoy realidad social de Venezuela. Oportuna la tesis del Profesor Rodríguez, cuando oleadas de efectivos de otras nacionalidades, instalados en áreas claves, pretenden ofrecernos como "modelo" lo que ya nosotros hemos revertido al estadio de relictus sociohistórico.

Una formación no se improvisa. Ignorar nuestra formación como sociedad específica y como pueblo, explica no pocos pronunciamientos reñidos con nuestro "ser histórico". Advenimos a la Independencia y su consolidación bajo el "automovimiento de la Igualdad"; "el cielo encapotado presagia tempestad" coreaban las masas federales, "¡Oligarcas temblad!". Es el efecto del diapasón activado por nuestro Libertador Simón Bolívar: "Un Gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela, sus bases deben ser la soberanía del Pueblo (...) la proscripción de la esclavitud (...) y de los privilegios".

A la luz de nuestro tiempo, cuando asistimos al horroroso espectáculo que nos brinda la "Europa civilizada y comerciante" como la calificara Bolívar, no es para no sentirse orgulloso de haber nacido, como lo proclamara don José Martí "En nuestras repúblicas dolorosas de América (porque) no hay odios de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del

Hombre".

Cuando el Dr. Rodríguez trae consigo la gerencia histórica del pardo libre, tiene presente como hombre de acción, siempre al servicio de las causas nobles, la reactivación de las corrientes discriminatorias que en el presente nos amenazan. Este es un momento de cruciales permutaciones geohistóricas.

Mucho antes que fuera demostrado por la ciencia, la inexistencia de razas humanas, ya el "pardo libre" en América invalidaba tal categoría. La genética ha probado, cómo en la especie humana, diferente al resto de seres vivos, no pudo formarse esa calidad biológica. En el hombre no pudieron mediar las condiciones necesarias y suficientes para que distancia y diferenciación genéticas desembocaran en el tipo "raza". Nuestro proceso sociohistórico alecciona al evidenciar que es sólo en el seno de la misma formación, motorizada por el principal valor de la sociedad: el trabajo, donde se generan e imponen los cambios. Si América Latina no es hasta ahora racista, obedece a ese desiderátum histórico. Nuestra Igualdad Social es estructural, no formal.

Reitera don Manuel Alfredo con el testimonio del Licenciado don Miguel José Sanz que aferrado el blanco a su prejuicio de decencia, estuvo impedido de "seguir los trabajos de la agricultura y lo hace tratar las artes mecánicas con el más soberano desprecio". De donde "la práctica de la artesanía se tradujo en prosperidad para los pardos".

Si no todos eran ricos, todos sí eran pardos. Don Manuel Alfredo Rodríguez, al discurrir fiel al criterio de totalidad, nos obsequia con apasionantes interrogaciones a la par que con provechosas correlaciones. El pardo libre no sólo es producto autóctono de nuestra sociohistoria, sino que domina como hecho urbano; abre así una vertiente hacia la problemática geohistórica asociada a la división geográfica del trabajo como respuesta a la contradicción campo—ciudad; paso hacia nuevas perspectivas y nuevas búsquedas. Significa la calidad urbana del fenómeno; coincide así con lo predicado por Etienne Juillard en sus lecciones magistrales de Geografía Social en la Universidad de Strasbourg: los occidentales somos una civilización de ciudades. "San Mateo, Turmero y Maracay son pueblos encantadores en los que todo manifiesta la mayor comodidad. Créese uno transportado a la porción más industriosa de Cataluña"; así se expresa el Barón de Humboldt, y también señala como "Casi todas las familias con las que había cultivado en Caracas amistad, los Uztáriz, los Tovares, los Toros, se hallaban reunidos en los hermosos valles de Aragua. Proprietarios de las más ricas plantaciones, rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra permanencia. Antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos una vez más de todas las ventajas de una civilización avanzada".

Que seamos nosotros quienes demos la bienvenida al Dr. Manuel Alfredo Rodríguez, por expresa comisión de la honorable Academia Nacional de la Historia, obedece al reglamento vigente; el último en incorporarse responderá al nuevo individuo de número. Feliz la coincidencia que nos ha permitido, e interpreto el sentimiento colectivo de la institución, saludar la entrada a esta corporación de un esclarecido representante de la cohorte de jóvenes de la segunda mitad de la década de los cuarenta y años subsiguientes hasta 1958. Desde entonces el compromiso que nos impusiera ese tiempo histórico nos hizo solidarios. Repetimos; Manuel Alfredo entra a la Academia llevado de la mano por los pardos libres, núcleo de la nacionalidad. ¡Salve!

Caracas, 23 de julio, de 1992.